

¡TOCAR ESTAS ENTRAÑAS...!

Un cuadro “muestra”... desvela algo... se nos da. Un cuadro “se expone” en el doble sentido de la palabra de exhibirse y arriesgarse ante quienes lo contemplan, a ser entendido, a poder comunicar, a transmitir la vida, las esperanzas y los anhelos de su creador. Esta es también la tarea de la teología. No tanto demostrar la fe cuanto mostrarla, como se muestra una obra de arte, se interpreta una sinfonía, o se teje una danza. Como tampoco se demuestran el amor ni la esperanza..., “se muestran”. Su verdad acontece en la desvelación ante quienes tienen ojos amorosos, oídos audentes y un corazón obediente que consiente en acogerla y se inclina a quererla.

Por eso la contemplación de una obra de arte —este cuadro— puede convertirse en un modo existencial de “mostrar” la experiencia cristiana, de decir a Dios en “otro lenguaje”, con otra gramática; de dejarnos “tocar” por su presencia y de penetrar así en su “entraña”. Más que desentrañar, se trata de “entrañarla”, es decir, de hacerla parte de lo más hondo y más íntimo de nuestra existencia, de la raíz desde la que vivimos, del sentido que nos orienta y mantiene en pie. En definitiva, esto no es más que llevar la Encarnación a sus últimas consecuencias. No es más que captar que la esencia o la sustancia última del cristianismo, es la entrañable comunión de destino, de vida y de futuro entre Dios y el hombre. Por eso, la entraña de la existencia cristiana sólo se entiende a la luz de unas entrañas humanas y unas

entrañas divinas. Sólo es posible conocerla desde las entrañas humanas de Cristo en quien coexisten la majestad de Dios y la poquedad del hombre, su gloria y nuestra pequeñez y pecado. En Cristo, Dios despliega sus entrañas en el mundo y el hombre abre sus entrañas para que sean penetradas por Dios. Donde Dios y el hombre se han encontrado, ahí está el corazón del mundo, ahí está el centro de la historia.

En Cristo, en sus entrañas, en su corazón traspasado de tan abierto, se muestra de manera insuperable cómo el *Deus semper maior* se hace *Deus semper minor*, cómo el camino del *magis* atraviesa inevitablemente por el *minus*.

“Tocar estas entrañas” se convierte entonces en la máxima aspiración para la existencia cristiana. La vida del creyente, llamada a “ser en Cristo”, se siente atraída hacia ese centro donde poder ver y comprender, entender y fundar sus esperanzas como ciertas, y reposar definitivamente con la paz de quien sabe que su amor no va a morir.

Por eso nos vamos a acercar a un cuadro donde lo que se muestra es la entraña de Dios en las entrañas abiertas de Cristo. En él, la historia que Caravaggio quiere narrar se concentra en un instante, en un momento determinado en el cual se concentra toda la acción y toda la psicología de los personajes. Se trata sólo de un instante, pero es un instante lleno de densidad, pues en él se concentra todo el pasado, se actúa la memoria y se anticipa el futuro.

Pero será la luz, el elemento más determinante de esta obra. La luz es fundamental en Caravaggio. El foco luminoso nunca aparece en el lienzo... está fuera de la realidad o es sobrenatural... La luz simboliza siempre la presencia de lo sobrenatural, de lo divino. De acuerdo con la metafísica de Platón, o con San Agustín, Dios es luz. La luz de Dios incide en Cristo resucitado, reflejo de la gloria del Padre... que reverberándola se convierte en nuevo centro difusor de la escena. La luz es además direccional, fuerte... no se trata de luz ambiental. Por eso tras la luz física que ilumina el rostro de Tomás, y las frentes de los tres apóstoles se nos indica otra luz que ilumina en otro nivel —la luz de la gracia... la luz de la fe—. Esta metamorfosis semántica de la luz se logra a través de un procedimiento artístico que podríamos llamar: “el misterio de la fuente” de esta luz... que está negativamente presente porque está ausente, porque está fuera del cuadro... pero, al penetrarlo, arrastra consigo la carga misteriosa de la presencia de su fuente escondida.

La fe es luz y como toda realidad tiene su sombra. Esto se hace evidente en la pintura de Caravaggio. La gracia de la fe es la luz que baña con su presencia el centro del cuadro... mostrándonos con una crudeza indescriptible aquello “que no se ve”, y con una dulzura insuperable a Aquél en quien hay que creer: Jesucristo, nuestro Señor, Resucitado. El creyente se adentra en un universo de realidad y luminosidad; en el conocimiento de Dios y de su plan salvífico que, como misterio absoluto, desborda siempre al hombre y por ello es plenitud que abisma, luz que a la vez que

alumbra, crea su sombra porque trasciende las capacidades penetrativas, explicativas y definidoras de lo finito. El autor lo trasmite en el sobresalto de las figuras, en esa especie de pudor y desconcierto en el que toda la escena queda envuelta... La fe nos trasciende. Ahora bien, quedar transcendidos por la luz, quedar, en cierta medida deslumbrados, no es lo mismo que quedar cegados, sino que alude a otro orden de realidad, donde el “no saber” es al gusto de los místicos “toda ciencia trascendiendo”.

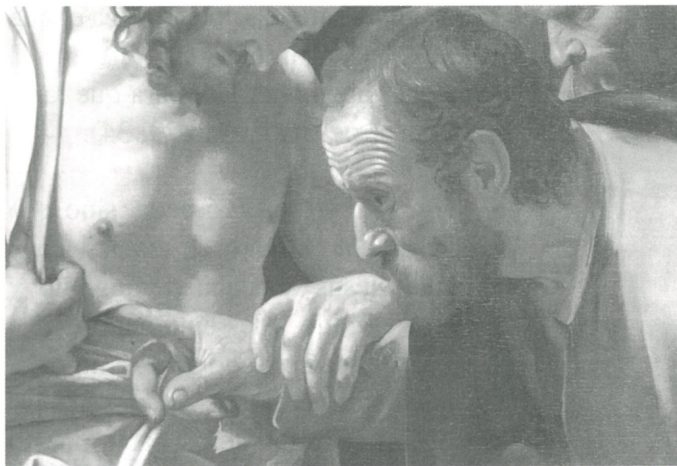
Los claroscuros y los contrastes de sombra y luz, serán los nuevos elementos pictóricos encargados de traducir este drama del encuentro entre Dios y el hombre que discurre siempre entre la fe y la incredulidad, poniendo en evidencia el gusto de Caravaggio por los contrastes de la existencia: vida y muerte, belleza y fealdad, intenso realismo y trascendencia sobrenatural...

En el fondo es la paradoja del mismo Cristianismo, en el que Dios siempre mayor, el Dios de la suma majestad, omnipotente, creador y todo poderoso... el Dios del *magis*... se encarna en el *minus*... se hace presente en la humildad y pequeñez de una existencia humana finita, limitada, vulnerable, impotente... es la paradoja de la fe, ante la cual, el cuadro se presenta como un nudo.

En él se anudan el don divino y la estructura humana, y en el centro el hombre-Dios: Cristo... con su costado abierto... atrayendo, arrastrando, acompañando, guiando hacia sí... con infinita ternura, con una incomparable paciencia... Extrañamente para gusto «caravaggesco» sin ningún signo de violencia, ni de brusquedad.

Yen este nudo, se trata de “tocar las entrañas”. La mano de Cristo establece el centro de la pintura y hace de puente entre el hombre y su mano y el costado abierto: lugar del misterio, la entraña de Cristo, que es la misma intimidad de Dios. Su gesto es dulce, pero a la vez determinante, parece irresistible, sorprende al deseo de Tomás... que aturdido, lleno de “temor y temblor” ve realizada su petición de una forma tan diversa... La autoridad de Cristo brota desde dentro, sin el mínimo signo de violencia... es una fuerza interior... que atrae a través de su mano. Lo que quería ser sustraído por propia voluntad, y con las propias fuerzas ha de ser recibido como don... Tomás es introducido por Cristo en la entraña misma del misterio.

“Tocar a Cristo”, es una fórmula joánica de hablar de la disposición de la fe. Y la fe, se nos revela aquí, como este don de Dios, que se articula en la adhesión personal a Cristo, que pasa por el desistimiento de uno mismo, de los propios proyectos, ideas... de intentar que la vida esté sostenida, fundada y sustentada en las propias fuerzas; y reclama el consentimiento amoroso a esa voluntad amante que llama al seguimiento de su persona y vida. Y el don de Dios, no es como el don humano... que se acoge, se acepta y se apropia, convirtiéndolo en posesión personal. El don de Dios sólo permanece don mientras el hombre no lo aprisiona para sí... sólo así puede permanecer en él, como lo que es, como don. Caravaggio, pone en evidencia en el gesto de Jesús que toma la mano de Tomás y la introduce en su costado, que aquello que Tomás quería hacer, apropiarse con sus solas fuerzas, aquella fe que quería



expropiar, arrancar de la oscuridad que le es pertinente, retando, manipulando, con la pretensión de obligar a Dios a manifestarse, no sólo le es puesta al alcance de la mano, sino que es arras-trado, conducido y ayudado —notar cómo es el mismo Jesús quien aparta obstáculos... «yo soy el camino», reti-rando hacia atrás el sudario— a tomar el don en medio de la confusión de lo que se percibe inaudito. El cuadro se convierte así en una explosión de la gratuidad de Dios... aquello que el hombre se quiere apropiarse, Él lo ofrece, lo pone en sus manos, lo guía para que lo tome... consienta a esta presencia, a esta realización de toda promesa que culmina las promesas y funda para siempre la esperanza.

“Tocar estas entrañas” se convierte entonces en algo más que nuestra máxi-ma aspiración, en el más grande don y gracia.

Juan ya había dirigido la mirada del creyente hacia el costado de Cristo en el momento de su muerte. Y esta mira-da (ver) se pone también en conexión con la fe:

“Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante

salió agua y sangre, «lo atestigua el que lo vio y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis» (Jn 29, 34).

Jesús no se reservó nada, sino que amó hasta el extremo de donar vida y sangre... Jesús quedaba desangrado y en este sentido «des-entrañado». Sus entrañas habían pasado a sus amigos, a los que antes de morir —según Juan— entrega el Espíritu. Jesús había puesto ya sus entrañas «al alcance de la mano...».

Se trata de nuevo de “ver”... “ver el costado abierto”, ver las marcas de la pasión para poder reconocer al crucificado en el Resucitado... “ver para creer”. Y sin embargo, curiosamente, los ojos aparecen en las sombras. Ni tan siquiera los ojos de Jesús, pueden distinguirse claramente. Y los de Tomás se adivinan “mirando” en un gesto de esfuerzo que pone de manifiesto, más que nada, “una ceguera”. Se trata de ver... y no se ven los ojos, como para indicarnos que los ojos de la fe se mueven en un orden de realidad diverso, para recordarnos que esta “mirada” precisa de unos “ojos interiores”, además de una “luz exterior”.

El reconocimiento deseado presupone la fe y el amor. Es realizado por los “ojos de la fe” iluminados y sanados por su gracia que posibilitan el descubrir en el Crucificado al Señor de la gloria. Las cuatro figuras forman una unidad en la que el centro indiscutible de atracción es el costado de Cristo. Los cuerpos de los tres discípulos se vuelcan sobre esta su entraña, como atraídos por una fuerza irresistible.

Los ojos desaparecen casi del lienzo, porque están prendidos en las entrañas de Cristo... El creyente ha de ser de alguna manera un vidente, no de Dios como objeto, sino con Dios. En nuestro cuadro la dirección de la mirada está muy explícita. Los apóstoles no miran a Cristo, las miradas están dirigidas hacia su costado, y es que Cristo mismo está mirando hacia sus propias entrañas abiertas. Ésta es la invitación que recibimos: mirar en la misma dirección que Dios, ponernos donde está Él, compartir su perspectiva, de tal forma que, de tanto ver como Él, podamos terminar viendo con sus propios ojos... El creyente es quien ve la realidad con los ojos de Dios, y esto en última instancia es la fe.

Juan Pablo II hacía esta invitación a los jóvenes en el año 1994 : romper las barreras del pudor que nos produce abrir nuestras entrañas y mostrar lo que de Dios hay dentro de cada uno de nosotros, y dejarnos, como Cristo, “tocar internamente”, haciendo que aquello en lo que creemos, aquello en lo que esperamos, aquello que amamos... pueda estar también al alcance de “otras manos”. Tal vez ellos podrían pronunciar con Tomás esta misma confesión de fe: «¡Señor mío y Dios mío!», que es en realidad confesión de amor y reconocimiento de creaturalidad: adoración, que es reapertura de horizontes y de sentido, de reencuentro con la esperanza, con el crédito... con el futuro como posibilidad de realización y plenitud, como comunión amorosa que ya se ha dado y que no acabará nunca.

Nurya Gayol, aci